



Formación en psicología en Argentina: contribuciones de la sociología del conocimiento y de la historia crítica de la psicología

Training in psychology in Argentina: contributions from the sociology of knowledge and the critical history of psychology

Catriel Fierro

Universidad Nacional de Mar del Plata
Argentina

Resumen

Se analizan los ámbitos de la historia crítica de la psicología y la sociología del conocimiento, para definir sus aportes a la formación en psicología en Argentina en tanto parte integrante del Cono Sur de América. Se describe primero la historia revisionista en psicología y luego la tradición alemana de la sociología del conocimiento. Se describen luego aportes de psicólogos regionales que se han referido a dicha tradición de forma explícita, en calidad de antecedentes. Se trazan relaciones entre ambos ámbitos y la ciencia psicológica para arribar a aportes específicos a la formación argentina. Se concluye que a través de una formación sistemática en historia social de la psicología y en sociología del conocimiento, se adquiere una noción social de la actividad científica; se permite la discusión y sensibilización sobre cuestiones éticas y axiológicas; se fomenta el diálogo académico y, finalmente, se capacita la autoconsciencia profesional.

Palabras clave: historia crítica de la psicología; sociología del conocimiento; formación en psicología en Argentina; historia social de la psicología

Abstract

Areas of critical history of psychology and the sociology of knowledge are analyzed, to define their contributions to the training in psychology in Argentina as a part of the Southern Cone of America. The revisionist history in psychology and the German tradition of the sociology of knowledge are first described. Contributions from regional psychologists that have referred to this paradigm explicitly are then described. Relations between the two areas and psychological science are drawn to get to specific contributions to psychology training in Argentina. It is concluded that through a systematic training in social history of psychology and sociology of knowledge, a social notion of scientific activity is acquired; discussion and awareness of ethical and axiological questions are allowed; academic dialogue is encouraged, and, finally, professional self-consciousness is enabled.

Keywords: critical history of psychology; sociology of knowledge; training in psychology in Argentina; social history of psychology

Introducción

A partir de la renovación llevada a cabo hacia la década del setenta en el campo de la historia de la psicología, diversos autores del área (Danziger; 1979, 1993; Woodward, 1990;



Furumoto, 1989) han sostenido que el enfoque historiográfico clásico, representado entre otras por las obras de Sydney Brett (1921/1963) y Edwin Boring (1950), se halla marcado por un sesgo experimentalista y es en gran medida presentista y justificacionista. A la vez, se sostiene que desconoce o niega ampliamente la influencia de factores grupales y estructuras sociales en el desarrollo de la ciencia psicológica (Buss, 1979c; van Strien, 1993).

Este enfoque clásico, así, no considera el análisis de las condiciones sociológicas del conocimiento (entre las que se incluyen la cuestión institucional, la cuestión mercantil, entre otras). Se omite así la dimensión social en la descripción del surgimiento, apogeo y abandono de teorías psicológicas consideradas fundamentales en la disciplina (Vilanova, 2000). Esta línea clásica en historia es continuada, con matices, en las versiones manualizadas de la historia de la psicología (la mayoría proveniente de autores anglosajones). Estos manuales, a su vez, constituyen parte de la materia prima de la formación del psicólogo a nivel mundial y a nivel regional, reiterando y profundizando así malentendidos, parcialidades y tergiversaciones de la historia de nuestra ciencia.

La moderna historiografía de la psicología destaca, entre otros puntos, la necesidad de analizar las cuestiones institucionales, sociales, grupales y políticas en su vínculo con el surgimiento de las escuelas y visiones (Buss, 1979c; Danziger, 1979). En otra línea, dicha historiografía pretende superar los enfoques unipersonales, o de ‘grandes hombres’ (Furumoto, 2003) en la historia de la disciplina, caracterizados por identificar las teorías como sistemas producidos exclusivamente por la imaginación (ahistórica) de un único científico o, en ciertas ocasiones, por un grupo reducido de los mismos. La superación de este enfoque intenta realizarse mediante el uso, entre otras herramientas conceptuales, de un análisis sociológico: se ubica a dichas figuras descolantes como emergentes de complejas redes grupales, materiales e intelectuales ligadas a la producción cultural. A la vez, se reconducen las teorías y su difusión y aceptación hacia condiciones supra-individuales (como intereses grupales) y factores extra-científicos (como el sistema cultural). Estas condiciones y factores, sin embargo, no buscan reducir o agotar las tradiciones de pensamiento en psicología, puesto que se reconoce que la determinación de estas tradiciones es sólo parcial.

Finalmente, la historia crítica reconoce que la misma actividad historizante en ciencia tiende a ser performativa (Smith, 1988) en el sentido que crea su propio objeto de estudio al momento de desarrollar sus argumentos, por lo que debe ser necesariamente autoconsciente y crítica para evitar la aceptación ingenua de realidades construidas por sectores interesados y transmitidas intergeneracionalmente. La historia de la ciencia es, necesariamente, problemática, y su recuperación desde el pasado es necesariamente una reconstrucción (Weimer, 1974).

El área de la denominada sociología del conocimiento psicológico (Buss, 1979b, 1979c) es un área plausible de colaborar con la tarea de historización crítica que hace ya décadas se



ha inaugurado en nuestra disciplina. Según ciertos historiadores (Danziger, 1979; van Strien, 1993) esta área es propiamente un método de análisis histórico, más profundo y adecuado que las sociología positivista. Danziger (1979), específicamente, remarca que esta sociología, en su visión retrospectiva e ingenua de los relatos históricos clásicos, acepta y legitima las reconstrucciones históricas recibidas de generaciones anteriores, sin problematizarlas ni contrastarlas con la producción historiográfica disponible.

La sociología del conocimiento psicológico, relativamente desconocida en nuestra región,

(...) tendría como meta entender el rol de las políticas, ideologías, valores, sistemas económicos y en general, la sociedad y su estructura y dinámica subyacentes, en el nacimiento, desarrollo y muerte de algunas de las teorías, perspectivas, paradigmas, modelos y aproximaciones psicológicas clásicas que han ejercido y continúan ejerciendo considerable influencia. (Buss, 1979c, pp. 5-6.)

La sociología del conocimiento psicológico, así, se sitúa como un ámbito teórico intermedio entre la sociología del conocimiento y la historia social de la psicología. Se arguye que dicho ámbito, sistemáticamente ausente en la formación del psicólogo argentino, registra una vital importancia, y que sus desarrollos en las ciencias sociales muestran que su inclusión en la formación de psicólogos de la región colaboraría con la adecuada construcción del rol del psicólogo como profesional, conocedor crítico de los avatares de su ciencia. Esta posible inclusión, aunque no condición suficiente, es necesaria para avanzar en pos de un psicólogo autoconsciente, socialmente sensible a las demandas de su medio y, además, dispuesto a ejercer su papel como agente social (cuestión que es, en esencia, la cuestión del psicólogo orientado al cambio social).

La Historia Clásica y la Nueva Historia de la Psicología

En términos de Furumoto (1989), hacia 1970 tienen lugar los primeros trabajos e investigaciones que en conjunto dan origen a la llamada nueva historia de la psicología. Un área heterogénea, esta adviene a la disciplina ante la toma de conciencia de los intensos sesgos y parcialidades que caracterizaron los cincuenta años de dominancia que registró el enfoque clásico en historia de la psicología, representado dicho enfoque en gran parte por la obra de Edwin Boring (1950).

Impulsados por los novedosos estudios sociológicos de la ciencia (en especial aquellos que discutieron la propuesta kuhiana de la dinámica de la ciencia y del conocimiento científico) los nuevos historiadores de la psicología se volcaron hacia el estudio meticulado de fuentes primarias y episodios clásicamente considerados relevantes para la psicología, con



el interés de arrojar luz sobre las parcialidades antes nombradas. Como ciertos autores han sostenido respecto de la relación entre la sociología de Kuhn y la Psicología, las ideas kuhnianas no fueron objeto de discusión y aplicación crítica y sistemática en nuestra ciencia (Coleman & Salamon, 1988), desertadas estas a favor de una adhesión superficial y a menudo legitimante de la diversidad escolástica inherente a nuestra ciencia. Lo que aquí debe destacarse es que fueron las discusiones y críticas que recibió la propuesta de Thomas Kuhn en el ámbito sociológico y epistemológico las que propulsaron algunas de las premisas de los historiadores contemporáneos, más aún que la propia sociología kuhniana. En este sentido, y con marcadas diferencias epistemológicas y metodológicas respecto de la clásica historia de la psicología,

donde la historia tradicional retrató al científico como un observador neutral y un descubridor de hechos objetivos, la nueva historia enfatizó la noción de que los científicos a menudo trabajan de una manera subjetiva, bajo la influencia de una variedad de factores extracientíficos (Furumoto, 1989, p. 11).

La epistemología realista y la metodología positivista de la historia clásica fueron criticados por el nuevo subjetivismo moderado de la historia crítica, que lejos de considerar el conocimiento como una continua evolución cuantitativa desde el error hacia el acierto, ubicó al cambio científico como “el cambio de una cosmovisión a otras cosmovisiones vinculadas con compromisos teóricos que incluyen consideraciones estéticas como metafísicas” (Furumoto, 1989, p. 11).

Nociones centrales criticadas a la historia clásica desde este nuevo enfoque en historia de la ciencia comprenden, además de su concepción lineal y acumulativa del conocimiento, su fuerte tendencia a remontarse al pasado desde los valores y criterios de la actualidad (presentismo), su énfasis casi exclusivo en obras clásicas, o en grandes pensadores ahistóricamente concebidos, y su consideración de los datos históricos como naturales y a-problemáticos (*whig history*). Esto es sintetizado por Robert Young al decir que la historia de la psicología hacia mediados de la década de 1960 sufría de “tres limitaciones: (...) grandes hombres (¿a los que venerar?), grandes intuiciones, y grandes fechas” (Young, 1966, p. 36).

Frente a esta historia, ciertamente sesgada y cuestionable, atribuida usualmente a Edward Titchener y a su alumno Edwin Boring, se sitúan los nuevos historiadores, autodenominados *críticos*, entre ellos Josef Brozek, Kurt Danziger, Roger Smith, Robert Woodward, entre muchos otros. Concientes de las tergiversaciones realizadas por Titchener en la recepción de la psicología alemana de comienzos de siglo pasado, y críticos de las reconstrucciones aparentemente objetivas de Boring, estos historiadores adoptaron metodologías novedosas a la vez que posiciones epistemológicas vinculadas con la sociología, con los fines de delinear una historiografía superadora. Así, los intelectuales se volvieron hacia el análisis de fuentes primarias (Danziger, 1979; Furumoto, 1989),



reconocieron la deuda y el vínculo de la historia de la psicología respecto de la epistemología (Weimer, 1974) y de la sociología (Buss, 1979b), revisaron ciertos mitos de origen de la psicología y de algunas de sus corrientes teóricas (Smith, 1988; Homans, 1989) y, en líneas generales, emprendieron un análisis problematizador de los fundamentos históricos de la psicología.

La historia crítica en psicología, considerando el origen social de las propuestas teóricas, y dispuesta a la revisión constante, se distancia de la tradición centenaria de la historia clásica en psicología, y se erige como un campo empírico y teórico propio, institucionalizado, con miras a una psicología sólidamente fundamentada.

La nueva historia tiende a ser crítica en vez de celebratoria, contextual más que simplemente la historia de las ideas, y más inclusiva, yendo más allá del estudio de los grandes hombres. La nueva historia utiliza fuentes primarias y documentos de archivo (...) y trata de introducirse en el pensamiento de un período para ver las cuestiones tal como aparecieron en ese momento, en vez de buscar antecedentes de ideas actuales o escribir la historia hacia atrás desde los contenidos actuales del campo (Furumoto, 1989, p. 18).

La Sociología del Conocimiento

La tradición sociológica del análisis del conocimiento es considerado por ciertos historiadores como necesario (Young, 1966) y válido (Danziger, 1979) para la reconstrucción histórica del conocimiento y los objetos psicológicos. El campo de la Sociología del conocimiento es vasto y desde su primera formulación (Mannheim, 1966a) se concibió, además de como una disciplina teórica y práctica, como una herramienta de análisis político para períodos de crisis social.

Aunque la expresión 'sociología del conocimiento' puede hallarse en los trabajos de filósofos metafísicos como Max Scheler, suele atribuirse a Karl Mannheim el establecimiento independiente y autónomo de este ámbito sociológico. Mannheim nació en Hungría en 1893 y se nutrió desde sus inicios profesionales como sociólogo del ambiente intelectual comprensivista, historicista y hegeliano propio de la Europa de los comienzos del siglo XX. Hacia 1920 debió exiliarse en Alemania, donde su obra inició una nueva etapa -la más importante para los efectos del actual trabajo-. A partir de una incorporación crítica del marxismo, como también de la sociología weberiana y del comprensivismo de Dilthey, Mannheim intenta desarrollar un sistema teórico con miras a explicar las crisis sociales y políticas que comenzaban a acosar a la Alemania de Weimar. El producto -el análisis sociológico del pensamiento de los individuos y de los estilos de pensamiento conformados colectivamente- se sistematizó en algunos artículos académicos y, principalmente, en su obra *Ideología y Utopía* de 1929 (traducida al inglés en 1936). La propuesta sociológica de



Mannheim permaneció sin desarrollarse de forma profunda, dado el exilio que debió asumir el sociólogo húngaro en Inglaterra hacia 1933. Sus intereses profesionales virarían en ese país desde la sociología del conocimiento a la sociología de la educación y la planificación democrática, áreas en las que aún se hallaba trabajando cuando muriera en 1947 (Remmling, 1982).

La sociología del conocimiento sostiene, en tanto teoría, que las diversas esferas de producciones mentales están socialmente determinadas (aunque no causalmente), puesto que los individuos (entre ellos los científicos y académicos) no existen de forma aislada sino colectivamente y, se infiere, dicha existencia intersubjetiva se filtra hasta el mismo pensamiento (Mannheim, 1964).

Esta formulación, aunque muy general, es la directriz de una amplia y heterogénea gama de estudios y desarrollos sociológicos que en su conjunto conforman la subdisciplina de la sociología del conocimiento. Surgida como reacción al idealismo y al materialismo dogmáticamente concebidos, afirma Lamo de Espinosa (1987), que *“la sociología del conocimiento nace y se constituye alrededor del progresivo desvelamiento del carácter concreto y empírico del sujeto cognoscente”* (p. 8, itálicas en el original).

En efecto, es resituando al sujeto epistémico trascendental en un momento histórico delimitado, a merced de influencias sociales específicas y concretas, y en interacción diversa con otros sujetos empíricos, que la sociología del conocimiento hace su entrada a las ciencias sociales. Indagando empírica y conceptualmente el sujeto de conocimiento, fundamento de las demás ciencias, la sociología del conocimiento cuestiona como teoría la linealidad de la evolución del pensamiento, argumentando que dicho pensamiento posee una base necesariamente social. Según Lamo de Espinosa, *“el desarrollo de la sociología del conocimiento es así la progresiva sociologización - e incluso psicologización - del sujeto trascendental kantiano, y con ello de la Razón, que pierde su mayúscula”* (Lamo de Espinosa, 1987, p. 10).

La sociología del conocimiento condensa aportes del marxismo, del historicismo, del antipositivismo y de la psicología para advertir a las ciencias acerca de la relevancia que ejercen los factores sociales (intereses de clase o grupo, estructuras institucionales y profesionales, circuitos comunicacionales) sobre el pensamiento en general, y sobre el conocimiento en particular. Evitando el relativismo epistemológico, y promoviendo en su lugar el relacionismo (la necesidad de considerar las perspectivas desde las que se producen los argumentos y conocimientos, con la necesaria consiguiente interrelación de todas las perspectivas en torno a un único fenómeno para poder entenderlo), la sociología del conocimiento busca la

indagación de los motivos que yacen detrás de la actividad intelectual y un análisis de la manera y del grado hasta dónde los procesos mismos del



pensamientos son influidos por la participación del pensador en la vida de la sociedad (Wirth, 1966, p. 40).

Evitando el análisis de los hechos estéticos y de los hechos valorativos (juicios), la sociología del conocimiento se erige como la disciplina que analiza los conocimientos aceptados o tenidos como reales en una sociedad determinada, prestando especial atención a las determinaciones que desde la sociedad recaen sobre ese conocimiento (Lamo de Espinosa, 1987). Parte de estos conocimientos – los que aspiran a representar la verdad a partir de una metodología específica – conforman la actividad científica, y por tanto son objeto de la subdisciplina que estamos tratando. La sociología del conocimiento, en tanto identifica al conocimiento con los enunciados que aspiran a ser verdaderos y son sostenidos como tales, “se identifica con la sociología de la producción e verdades y, por lo tanto, con la sociología de la ciencia” (Lamo de Espinosa, 1987, p. 21).

Este sujeto empírico es estudiado metodológicamente a partir del análisis histórico e interpretativo acerca del modo en que las ideas se han encarnado en movimientos socialmente determinados, en distintos momentos históricos y en vínculo con cuestiones sociales tales como intereses intelectuales, factores institucionales, ideologías, entre otras. Propio de esta disciplina es el estudio de “la cuestión de cómo los intereses y propósitos de determinados grupos sociales llegan a encontrar expresión en ciertas teorías, doctrinas y movimientos intelectuales” (Wirth, 1966, p. 41).

El sistema ideado por Karl Mannheim, sobre todo hacia los inicios de su desarrollo en la década de 1930, atiende a la preocupación fundamental acerca de cómo el pensamiento se conecta con sus raíces sociales. Así, supone que las ideas no son entidades abstractas, que obedecen a un desarrollo que les es lógicamente inherente, librando así su lucha en la inmaterialidad. Por el contrario, Mannheim sostiene que los hombres conforman grupos, que a la vez construyen estilos de pensamiento (Mannheim, 1963d), elaborando así ideologías (estructuras cognoscitivas que abarcan la totalidad del pensamiento) e integrando estructuras institucionales, agentes claves en el desarrollo del pensamiento. Así, esta sociología propone además “un análisis sistemático de la organización institucional, dentro de cuyo cuadro se realiza la actividad intelectual” (Wirth, 1966, p. 42). En este sentido, tanto la ciencia como el conocimiento forman parte de las actividades socialmente determinadas.

Si bien cercano al pensamiento marxista (Zeitlin, 1973), Mannheim se distancia del materialismo histórico para formular una propuesta original. Aunque con variadas críticas, esta sociología se consolidó en las ciencias como un campo fructífero de análisis acerca de las relaciones entre las estructuras sociales y el conocimiento humano (Lamo de Espinosa, 1987; Kaiser, 1998).

El carácter analítico de esta disciplina da lugar, a la vez, a una clara orientación hacia el cambio social, especialmente visible en la obra de Mannheim luego de su exilio hacia Inglaterra ante el ascenso de los nazis al poder. A la vez que la sociología del conocimiento



constituye un repertorio de hipótesis teóricas y metodológicas, es, por inclinación de su principal exponente, una disciplina que pugna hacia la democratización y el cambio social. “En Londres, Mannheim hizo de su sociología del conocimiento la base fundamental desde la que analizar la realidad social y recomendar el cambio social” (Buss, 1976, p. 79).

La obra de Mannheim, reinterpretada por sociólogos ingleses hacia mediados del siglo pasado, ingresó a las ciencias de forma masiva tanto en el campo formalizado como Sociología de la ciencia por Robert Merton, como en el Programa fuerte de la sociología del conocimiento científico (Bloor, 1998). Aunque con particularidades, la sociología de la ciencia clásica y la nueva sociología del conocimiento científico (ambas áreas consolidadas por una fecunda investigación empírica) frecuentemente se esfuerzan por distanciarse de Mannheim, a quien reconocen como iniciador de la orientación general que ellos mismo detentan pero a quien critican de parcial, idealista y asimétrico en relación con sus análisis sociológicos. Aunque describiremos más adelante la cuestión de la aplicación de la sociología de la ciencia clásica a la psicología, diremos aquí que deben distinguirse ambas tradiciones: las diferencias entre Mannheim y los tempranos y contemporáneos sociólogos de la ciencia (entre los que se encuentran David Bloor y Bruno Latour, entre muchos otros) son, como lo argumenta sólidamente Kaiser (1998) teóricas, metodológicas y epistemológicas, y entre ambos programas no puede hablarse de continuidad.

Cuando párrafos atrás nos referimos a la sociología del conocimiento como una sociología de la ciencia, identificamos el término ciencia con la empresa social de producción de conocimientos que se arrogan a sí mismos el carácter de verdaderos (ciencia en un sentido ciertamente amplio), en contraposición a la ciencia concebida como lo hacen los Sociólogos de la ciencia: una actividad totalmente empírica y excesivamente formalizada, a menudo reducida a interacciones sociales dentro de los laboratorios, que admite el relativismo epistemológico, la determinación total y completa del conocimiento por parte del marco extra-científico, y la importación directa de métodos de las ciencias naturales. El programa original de Mannheim se opuso punto por punto a estas cuestiones (Kaiser, 1998), hoy fundamentos de la Sociología de la ciencia, y es el programa original del autor húngaro el que se intenta recuperar en este trabajo.

La Historia Social de la Psicología y sus fuentes sociológicas

Al hablar de sociología de la ciencia, debe partirse de la idea de que aglomera bajo un título unificado un conjunto muy heterogéneo y dispar de aproximaciones sociológicas al estudio de la ciencia. Por sólo nombrar algunas, ciertos programas, como el de Robert Merton y Joseph Ben-David, tematizan sobre la ciencia en tanto institución mediada por patrones sociales y son, aunque innovadoras, positivistas en lo epistemológico. Otros programas más recientes y radicales, como el programa de la “Sociología del conocimiento



científico" (Bloor, 1998) tematizan el contenido de la ciencia (ya no la actividad o institución científica) y se nutren del relativismo extremo.

En lo que aquí nos interesa (la historiografía contemporánea de la psicología), los primeros análisis histórico-sociológicos de la psicología tomaron la expresión de un positivismo estrictamente cuantitativa. Ejemplo de estos análisis es la exposición sociológica de Ben-David y Collins (1966), en línea con las tempranas propuestas de la Sociología de la ciencia de Merton. Según Danziger (1979) y Ross (1969), la interpretación histórica realizada por Ben-David y Collins, además de ser pasible de críticas y de explicaciones alternativas, utilizó análisis cientométricos demasiado simples y superficiales como para explicar el complejo surgimiento histórico de la psicología moderna. Contra esto, los autores (especialmente Danziger) se sirvieron de fuentes primarias como forma de refutar las categorías elaboradas por los sociólogos nombrados. A partir de lo erróneo de estas argumentaciones sostienen tanto Danziger (1979) como una larga lista de historiadores (Weimer, 1974; Furumoto, 1989; Woodward, 1990) la necesidad de análisis históricos y sociológicos profundos en el sentido de ser minuciosos, estar muñidos de un contundente estudio de archivo y prestar especial atención a ciertas reinterpretaciones históricas que aunque veraces, son en realidad reconstrucciones interesadas realizadas por intérpretes posteriores. Debe aclararse, sin embargo, que este trabajo de archivo, lejos de asegurar la objetividad total, representa sólo una de las múltiples técnicas a las que recurre el historiador contemporáneo: trabajo de archivo que no agota la muestra de estudio del historiador y que a la vez es sensible al constructivismo historiográfico (Rosa Rivero, Huertas, & Blanco Trejo, 1998). Debe aclararse, finalmente, que no debe igualarse cuantitativismo a superficialidad: existen importantes trabajos historiográficos en psicología que se nutren principalmente de técnicas cuantitativas, como por ejemplo los análisis bibliométricos contemporáneos en Psicología (Carpintero & Peiró, 1981) y los recientes desarrollos en cientometría, historiometría y técnicas afines (Ball, 2012).

Sin embargo, es cierto que los primeros análisis sociales de psicología realizados por sociólogos de inspiración positivista fueron fuertemente problematizados. Y es aquí donde ingresa la posibilidad de la sociología del conocimiento psicológico como parte de una historia social más amplia. Según Danziger (1979), además de la sociología de la ciencia de cuño individualista como la mertoniana, muy propia de los años '60 y '70, "pueden aplicarse aproximaciones sociológicas alternativas sobre la cuestión de los orígenes de la psicología moderna" (p. 28). Esta posibilidad se torna una necesidad puesto que según ciertos autores (Buss, 1979c; Danziger, 1984; van Strien, 1993) la sociología de la ciencia tradicional, en especial la de Robert Merton (que tematiza sobre los científicos individuales, sus patrones conductuales o las normas ahistóricas que los rigen, sin considerar los procesos de difusión y legitimación del conocimiento, los procesos de profesionalización o, en ocasiones, la influencia del contexto sobre el contenido de las tradiciones de pensamiento) no constituye



un marco conceptual fructífero para interpretar el devenir histórico de la psicología. Siguiendo a un representante de la historiografía crítica en psicología antes citado, la interpretación de Ben-David y Collins – en lo que esta interpretación toma de la sociología internalista de Merton – detenta una concepción artificial del progreso científico (como lineal y acumulativo) y de una noción ahistórica de las estructuras y roles sociales, donde las reglas que gobiernan la actividad científica son idénticas en todas las épocas históricas (Danziger, 1979). Según Danziger (1979) y Buss (1979c) los modelos internalistas en sociología de la ciencia proponen al agente científico individual como motor del cambio en la ciencia (el ‘Gran Hombre’) y, adicionalmente, construyen a este Gran Hombre a-priori, sin un estudio empírico e histórico adecuado acerca de las circunstancias y conflictos en torno a los cuales se ha estructurado la ciencia y profesión psicológicas.

Así descritos, los puntos centrales de esta sociología positivista coinciden con las principales características de la historiografía clásica en psicología, y su aplicación, lejos de propulsar novedosas investigaciones y reconstrucciones, profundizaría las parcialidades y distorsiones elaboradas por Titchener y Boring.

No debe sorprendernos, luego de la descripción del apartado anterior, que Danziger considere a la sociología del conocimiento mannheimiana como un método idóneo de análisis histórico en psicología. En el campo de la historia de nuestra ciencia, esta sugerencia fue llevada a cabo por múltiples autores, existiendo así desde 1970 variados análisis históricos y sociológicos, que ciertos autores juzgan como fructíferos y necesarios (Buss, 1979c; van Strien, 1993; Young, 1966). Sin el interés de ser exhaustivos: se ha vinculado al humanismo psicológico con el individualismo propio de la ideología liberal (Buss, 1979a); se ha relacionado el surgimiento del psicoanálisis con la crisis de la religión decimonónica y el auge del individualismo (Homans, 1989); se han trazado semejanzas entre la psicología de la forma y el pensamiento orgánico propio del espíritu de la república de Weimar (Scheerer, 1985). También existen análisis sociológicos acerca de la relevancia de los grupos institucionalizados y devenidos en árbitros en el nacimiento de la psicología moderna, y acerca de la influencia de los mismos en la profesionalización y autonomía de nuestra ciencia (Danziger, 1979, 1993). Existe a la vez conciencia respecto de las explicaciones sociohistóricas (económicas, políticas y sociales) de los diversos modelos de hombre (Vilanova, 1993) y de profesión (Vilanova, 1997) existentes en nuestra ciencia.

Sin embargo, la historia de la psicología desde sus orígenes ha tendido a ser una historia predominantemente ‘interna’ (si se es solidario con el enfoque que separa ambos ámbitos) y no existe una inclusión sistemática y deliberada de contenidos sobre la sociología del conocimiento psicológico en los documentos con que los psicólogos argentinos se forman en el grado. Esta escasez se intuye perjudicial, puesto que colabora con un graduado acrítico, ahistórico y socialmente irrelevante (Vilanova, 1997; 2001). Una forma de salvar esta carencia es la formación de los estudiantes y graduados en los orígenes sociales de la psicología: “Una



historia acrítica (...) puede ser yugulada en buena medida teniendo conciencia de que los conceptos psicológicos son producidos por agentes sociales” (Vilanova, 2000, p. 146).

La Historia Crítica de la Psicología y la Sociología del Conocimiento: contribuciones para la formación de psicólogos en Argentina

Es paradójica la ausencia de autores de la sociología del conocimiento en la formación del psicólogo latinoamericano y concretamente del argentino, puesto que ciertos de sus autores más representativos (por ejemplo, Karl Mannheim) están documentadamente presentes en la formación en ciencias sociales en Latinoamérica (Blanco, 2009), ciencias afines a la psicología y de las cuales se presume un desempeño práctico más fecundo si este se realiza en vínculo con la ciencia psicológica. Esta ausencia paradójica de análisis sociológicos en psicología se agrava cuando se constata que la sociología del conocimiento, y con ella la obra general de Mannheim han gravitado efectivamente en el pensamiento de múltiples autores regionales que pugnaron por una psicología social crítica, autoconsciente, atenta de sus efectos prácticos y, en ciertos casos, liberadora.

En términos de Blanco (2009), Mannheim desde un comienzo pugró respecto de la sociología hacia una “unificación con otras ciencias sociales, y en especial con la psicología” (p. 421). Mannheim reconoció la capacidad performativa de la ciencia respecto de la sociedad, puesto que “creía que el conocimiento psicológico podía servir a la útil función de proveer el lazo necesario entre la dinámica de la personalidad individual y las fuerzas sociales de masa” (Buss, 1976, p. 81). Crítico de mecanicismo conductista (Buss, 1976), Mannheim reivindicó a la psicología como una ciencia dinámica, que debía ser culturalmente sensible y atenta a la influencia de lo social sobre el individuo. Aunque en su obra Mannheim refiere al psicoanálisis como la inspiración psicológica primordial para la sociología (Mannheim, 1963a, 1963b, 1963c), “esa ‘psicología sociológica’ debía utilizar los resultados, las ideas y los métodos de diferentes escuelas psicológicas, no sólo los del psicoanálisis. Sobre todo, debía adoptar una *perspectiva social* y tenía que diferenciarse de toda psicología individual como tal” (Kecskemeti, 1963a, p. 11).

Este llamado a una psicología sociológica fue oído por los formuladores directos de importantes adelantos regionales en la disciplina. Orlando Fals Borda, lector asiduo de Mannheim, toma la obra del sociólogo en el sentido de su noción de cambio social dialéctico (Fals Borda, 1968; Fernández, 2009) como producto de superaciones ideológicas y utópicas intergeneracionales. La cuestión de la sucesión generacional y sus efectos sobre el cambio social, planteada por Mannheim (1952) como una cuestión sociológica es referenciada y aceptada por Fals Borda al proponer su propia perspectiva respecto al cambio social.

La pedagogía social de Paulo Freire (1972) es otra de las áreas de la psicología regional donde Mannheim es recuperado en cierta medida. A partir de la noción de Mannheim



(1966b) acerca de una educación planificada para la democracia y su utilidad para el desarrollo de la comprensión de la realidad, Freire desarrolla su concepto de conciencia crítica (Paiva, 1981; Romao Eustáquio, 2001; Torres, 2002). Según Torres (2002), “los mayores temas de Mannheim, tales como la amplia discusión sobre libertad, planeamiento democrático, democratización fundamental de la sociedad y la teoría de la personalidad democrática, son cuestiones cruciales en los primeros escritos de Freire” (p. 156).

En el campo de la historia de la psicología, el historiador Alberto Vilanova (2003a, 2003b) ha destacado en reiteradas ocasiones la necesidad de una historia social y una sociología del pensamiento psicológico. Necesidad propia de cualquier región, se estima de acuciante en el Cono Sur de América debido a la formación predominantemente práctica, clínico-asistencialista y monoteórica que se lleva a cabo en las carreras de grado de esta región (especialmente en Argentina); carreras las cuales a su vez se hallan en gran medida coartadas de acceso a los adelantos de la psicología mundial.

En el marco de esta formación parcializada – que a su vez puede ser explicada sociológica e históricamente –, la historia de la psicología como asignatura es tan importante como problemática: se sostiene que

la historia de la psicología que enseñamos es acrítica, que no tiene en cuenta los procesos políticos y socioeconómicos que están en la base de cualquier forma supraestructural como lo es la producción universitaria (...) El suelo social de los conceptos que el alumno está estudiando no es investigado; es evidente que aquí los aportes de una historia social o una historia sociológica son cruciales (Vilanova, 2000, p. 145).

La necesidad de suplir esta falta con estudios empíricos es referida directamente. Así, por ejemplo, Vilanova (1997) juzga que la permanencia de una modalidad de enseñanza clinicista, muy propia del psicólogo rioplatense, “es asunto para la investigación en sociología de las profesiones e historia social” (p. 132), orientando acerca de algunos de los posibles objetos de investigación en el área propuesta. Concebir al conocimiento como “un gris y sedimentoso producto colectivo” (Vilanova, 2003c, p. 143) colaboraría con abolir la historia de los grandes hombres, de los descubrimientos aparentemente unipersonales y sui-generis, siendo así los estudios sociológicos de la psicología un impulso para una historia no celebracionista y para un profesional graduado consiente de la misma. Sin embargo, en el caso de los países del Cono Sur de América Latina,

la historia social del conocimiento, respaldada por estudios sobre las condiciones socioeconómicas y políticas de su producción, es desertada a favor de una ‘historia del gran hombre’ en la cual todo lleva, o todo se desprende de, la aparición – por caso – de un Freud, un Jung, un Lacan o un Reich (Vilanova, 2003d, pp. 50-51).



De la obra de estos autores latinoamericanos, y del panorama – estimado negativo o parcialmente indeseable – definido y sintetizado por Vilanova, es que en parte se justifica la necesidad de la incorporación de estudios sociales en historia de la psicología a la formación del psicólogo argentino, en tanto integrante del marco educativo de la región latinoamericana. Estos estudios sociales, que entre otras cuestiones investigarían las causas sociales de la psicología como ciencia y del psicólogo como profesional institucionalizado, vendrían a llenar un vacío clave en la currícula y, por tanto, promoverían cuestionamientos críticos respecto de la formación profesional. Múltiples esclarecimientos en torno a la formación argentina (y de allí, potenciales reformas educativas) surgen al considerar, desde una perspectiva sociológica, que “la psicología practicada por profesionales y académicos ocurre en un contexto social; el conocimiento psicológico está atado a la infraestructura de una sociedad o de grupos socialmente definidos” (Buss, 1979c, p. 2). Un ejemplo concreto de este tipo de esclarecimientos surge al analizar la naturaleza social de las propias carreras de estudio: esto es, el grado en que la aparición de las propias carreras de grado y sus contenidos responden a principios que sólo parcialmente corresponden a preocupaciones científicas y que a menudo constituyen intereses de esferas políticas, económicas, culturales o religiosas (Piñeda, 2007).

La implementación de este enfoque, que se argumenta puede realizarse de forma directa implementándose a los programas de formación como de forma indirecta a través de la historia social de la psicología, permitiría al graduado concebir de forma auténtica y realista la naturaleza de la psicología como disciplina y del conocimiento producido.

En primera instancia, este enfoque permite comprender la raigambre y naturaleza social (económica, política, institucional) de todos los fenómenos cognoscitivos, sin reducir estos a fenómenos estrictamente económicos –como lo haría una perspectiva marxista-. El interés por utilizar la historia social de la disciplina como una fuente de conciencia para el estudiante de psicología ya fue vislumbrado por los propios historiadores críticos, al decir sobre su enfoque que consistía en una

aproximación crítica al conocimiento – implicandola búsqueda de objetivos limitados dentro de la erudición histórica moderna, una conciencia y compensación de las fuentes de sesgo en la historia de la ciencia, y una sensibilidad hacia la función social de este joven campo interdisciplinar, la historia de la psicología (Woodward, 1990, p. 85).

Incluir a la ciencia dentro de los fenómenos sociales, es seguir en este respecto a historiadores críticos, construccionistas y constructivistas sociales (Danziger, 1993; Gergen, 1985; Smith, 1988; van Strien, 1993). Según esta postura conjunta, la construcción teórica no es una actividad alejada del ámbito social y mucho menos circunscripta a la construcción de universos simbólicos. La construcción teórica – y así ha sido a lo largo de la historia de la psicología – se define por las actividades concretas y prácticas que han realizado los



psicólogos científicos en sus investigaciones y elaboraciones, siempre atentos a los requerimientos de las instituciones y la sociedad más amplia, y siempre sensibles a los conflictos e intereses intelectuales y sociales. Debe comprenderse, en una línea constructorista moderada, que el conocimiento psicológico como todo conocimiento, “es generado en el curso de un proceso *histórico* de negociación que involucra el compromiso de los productores del conocimiento con la realidad del poder y la influencia social del mundo que habitan” (Danziger, 1990, p. 180).

Por esto, una formación en estudios históricos y sociológicos permite una visión amplia y realista de la ciencia puesto que “la sociología del conocimiento reconoce los intereses personales como reflejos de intereses de grupo, los cuales surgen de conflictos sociales” (Danziger, 1979, p. 43). Es el interés intelectual, que también recorre a la psicología en su historia, “orientado en un molde de actividad colectiva, el que proporciona no sólo las cuestiones generales sino la hipótesis concreta para la investigación y los esquemas mentales para ordenar la experiencia” (Mannheim, 1966a, p. 50). Reconocer esta dinámica, propia de la actividad científica, permite intervenir sobre la misma o, al menos, ser consciente de ella y así permitir un desenvolvimiento relativamente independiente respecto de la misma. Sin embargo, debemos remarcar que no es posible (ni aún deseable) huir o rechazar esta dinámica. Para los fines del rol profesional del psicólogo, especialmente el argentino, lo importante aquí es comprender esta dinámica para impulsar reflexiones críticas que permitan fundamentar sólidamente el obrar psicológico.

Reconocer los efectos que la ciencia tiene sobre la sociedad permite al graduado, a su vez, tomar conciencia acerca de las dimensiones éticas y axiológicas de su obrar. Hacemos eco aquí de lo que sostiene Buss (1979c) cuando ubica como una de las metas prácticas de una sociología del conocimiento psicológico el

enfaticar la relación entre hechos y valores dentro de la psicología y por tanto ayudar a volver a los psicólogos más atentos a las implicaciones de sus investigaciones en vínculo con la creación de una imagen específica del hombre y de la sociedad (p. 7).

Concientizar acerca de los orígenes sociales de la disciplina y acerca de los lazos que mantiene con la sociedad en tanto ciencia, además de explicitar sus supuestos, permite atender especialmente a los supuestos axiológicos y a las implicancias y consecuencias éticas del ejercicio de la psicología (sea en su faz teórica-básica, en su faz tecnológica o en su faz praxiológica). Sólo situando los principios de su obrar profesional en un contexto social, institucional y especialmente político, sin por ello deslizarse al relativismo irracional, pueden discutirse las cuestiones valorativas de la psicología como ciencia y como profesión. Y sólo situando a los practicantes de la disciplina en un contexto social mayor podemos impulsar la comprensión y eventual discusión de la ética que rige su desempeño.



Reivindicando la historia como una genuina fuente de problemas y soluciones, la historia social de la psicología permitiría, así, evitar la aceptación ingenua de legados distorsionados propia del natural desenvolvimiento de la disciplina. “Mientras puede esperarse que los autores de manuales perpetúen mitos y verdades parciales que legitimen las demandas de su disciplina, una perspectiva más crítica es apropiada si la disciplina misma pretende ser objeto de escrutinio científico” (Danziger, 1979, p. 43). Una formación en psicología alimentada de estas verdades parciales “se vuelve una víctima predispuesta a los ‘mitos de origen’ que las disciplinas construyen para sí mismas” (Danziger, 1979, p. 43). La formación en historia social de la psicología permitirá, en este sentido, avanzar hacia un perfil de graduado argentino informado, crítico y riguroso. Seguimos aquí a Woodward (1990) cuando sostiene que la formación en historia crítica, lejos de circunscribirse a la psicología, derramará en el alumno hacia otras áreas de su formación, fomentando su pensamiento crítico, su interés en la superación de sesgos, su capacidad de diálogo y, especialmente, su autodeterminación conductual.

De esta forma la historia social colabora con evitar estas capturas del alumno por parte de mitos, sesgos y personalismos, aparentemente inherentes y constitutivas de toda y cada una de las ciencias y de sus prolongaciones praxiológicas. La destitución de los “grandes hombres” es un requisito que se propone desde la sociología del conocimiento: “es incorrecto explicar la totalidad de una perspectiva sólo por referencia a su génesis en el espíritu de un individuo” (Mannheim, 1966a, p. 47). Por el contrario, “los productores del conocimiento científico nunca trabajan como individuos independientes, sino que están inmersos en una red de relaciones sociales” (Danziger, 1990, pp. 179-180) donde son los grupos profesionales, las instituciones editoriales, las políticas públicas y las alianzas disciplinares, entre otros, los que legitiman las pretensiones cognoscitivas de los científicos y permiten al conocimiento afianzarse como tal. La revisión de los mitos de origen, cuya función es legitimar una visión continua y evolutiva del progreso de la psicología científica, también adquiere estatuto de necesidad (Young, 1966); y la moderna historiografía en psicología ha emprendido estas tareas en décadas recientes (Buss, 1979a; Furumoto, 1989).

Finalmente, aunque se presume que una formación en historia crítica y en sociología de la psicología colaboraría en varios otros puntos con el psicólogo argentino, es importante destacar - en relación con la reseña de autores regionales realizada antes y por las particularidades de nuestra región - que la conjunción entre las dos disciplinas nombradas tiene consecuencias políticas importantes. La adopción e inclusión sistemática de contenidos de este tipo a la currícula de grado sensibilizaría al graduado respecto a su ámbito social circundante - su campo de trabajo -, respecto a las demandas específicas que de él emergen (de las cuales el graduado no siempre es solidario, mucho menos conocedor) y, no menos importante, contribuiría a su capacidad para alterar dicha realidad. En otros términos, la sensibilización respecto a los orígenes de su profesión y respecto de un enfoque sociológico



permitiría al graduado consolidar un perfil orientado al cambio social, perfil que según ciertos autores (Vilanova, 1997), es paradójicamente relegado en el Cono Sur, y especialmente en Argentina.

Si se sostiene que las prácticas académicas y profesionales tienen una base eminentemente social, institucional y política, la psicología como disciplina institucionalizada no escapa a estos efectos, y se constituye a partir de ellos como fundamentos. De aquí que, si se reconoce que la relación entre el científico y la sociedad es de mutua reciprocidad,

se puede intervenir en este proceso interactivo y reducir la dependencia de los científicos respecto de las normativas existentes supuestas (...) Una forma de reducir la dependencia respecto de una serie de influencias particulares es a través de tomar conocimiento de ellas y de sus efectos en ciencia (Gergen, 1979, pp. 193-194).

Así, una formación que contemple y enfatice la historia social de la disciplina permite al graduado, en el campo específicamente práctico, un desenvolvimiento autodeterminado, autoconciente y sólidamente fundamentado, inaccesible mediante la mera instrucción teórica respecto a cuestiones estrictamente internas de la disciplina.

La historia crítica de la psicología, junto con una estructura explicativa sociológica, permite al graduado concientizarse respecto de la complejidad de la urdimbre en medio de la que obra, y aunque no garantiza su correcto desempeño, incrementa su acervo de herramientas para conducirse de forma deseable y adecuada - según los parámetros de la comunidad científica y disciplinar - en su devenir profesional.

Dada la extrema complementariedad de ambos enfoques, no debería temerse que, a efectos prácticos, se proponga la subsunción de la sociología del conocimiento en la historia crítica, puesto que en lo que respecta a los resultados concretos de la investigación y enseñanza en psicología, la historia social *es* sociología del conocimiento. En palabras de Vilanova (2000),

Una historia crítica de la psicología debe ser una historia histórica, en el sentido de ser sociológica, procurar el suelo social de los conceptos, preocuparse por los productores de conocimiento como agentes representantes de grupos de interés; sólo así nos capacitamos para hacer una historia crítica de nuestra propia disciplina (p. 146).

Así, se sostiene que en vínculo con la realidad y necesidades regionales, y en el ámbito de la psicología académica argentina, la implementación de un enfoque histórico crítico incorporando nociones sociológicas representaría para el psicólogo en formación una mayor autoconciencia, una elaboración activa de cuestiones éticas, una abierta disposición al diálogo y una posición crítica renuente de toda certeza que, por ser certeza, es ajena al ámbito científico.



Conclusiones y discusión

Se han analizado los posibles aportes de la historia crítica en psicología y la sociología del conocimiento a la formación de los psicólogos regionales, específicamente a los psicólogos argentinos, en tanto estos son objeto de las regularidades curriculares que se registran mayoritariamente en las carreras de grado de psicología en los países del Cono Sur de América Latina (Vilanova, 1997; 2001). Puesto que el enfoque crítico viene a objetar una tradición anterior que en ciertos ámbitos académicos aún perdura, se estima valiosa su continua recuperación para una formación autoconsciente, teóricamente fundamentada y, así, con proyecciones futuras enriquecedoras.

Puesto que en Argentina la formación del psicólogo tiende desde hace décadas a desligarse (en sus análisis académicos y en sus prácticas profesionales) de la realidad social, y consideradas esta y otras particularidades, argumentamos que dicha formación se beneficiaría al incorporar sistemáticamente obras y cuestionamientos pertenecientes a la sociología del conocimiento y a la historia revisionista de la ciencia.

En una región como la argentina, marcada en psicología por una tradición escasamente original y por una usual desconexión respecto del suelo social tanto de los reclamos sociales como de los conceptos psicológicos (Vilanova, 1997), se requiere reencuadrar a la ciencia y a la profesión en el contexto social e institucional más amplio. Esto es posible en gran medida sólo si existe conciencia de la historia de la disciplina y su profesionalización, y si se es consecuente respecto de los avatares sucedidos a través de las épocas. Dado que el compromiso social requiere deliberación y conciencia para maximizar sus efectos positivos, se argumenta en el trabajo que los dos enfoques descritos son idóneos para trabajar hacia dicho fin.

La historiografía revisionista, junto a la sociología del conocimiento psicológico, colaboran con afianzar una imagen de la disciplina más realista y objetiva, destituyendo a los ficticios grandes creadores y reconociendo la dimensión social de los saberes. Estos enfoques permiten mostrar el origen social-colectivo y a la vez irreductible de las propuestas teóricas de nuestra ciencia. Permiten en su conjunto comprender la naturaleza social de la empresa científica sin restarle por esto validez, reconociendo el papel que los intereses intelectuales cumplen en la legitimación y desarrollo de los campos científicos.

A su vez, tanto la nueva historia de la psicología como la sociología del conocimiento habilitan a desarrollar discusiones respecto a las cuestiones éticas y axiológicas que rigen al psicólogo y permiten, en otro orden, discusiones abiertas y recíprocas en general, cuya ausencia suele marcar los ámbitos académicos de la región. Si se adopta la postura relacionista de Mannheim (1966a) según la cual todos los elementos y perspectivas en cuestión deben ser considerados a la hora de discutir puesto que se asume la insuficiencia de



cada una por separado, las discusiones multidimensionales en torno a los objetos psicológicos se siguen necesariamente.

A su vez, estos enfoques permiten evitar la aceptación ingenua de legados teóricos o históricos, cuyos efectos perniciosos se evidencian hoy en nuestra disciplina, por ejemplo al tomar como guía en su recorrido histórico a grandes hombres y grandes fechas, desoyendo otros factores. Junto a esto, una formación en líneas con lo propuesto permite una real y consecuente orientación al cambio social, al permitir una consideración respecto de los condicionamientos sociales de la ciencia, a la vez que permite una consideración los efectos de la ciencia sobre el conjunto de la sociedad (Gergen, 1979).

Finalmente, si se considera que la cuestión del psicólogo y su intervención sobre el ámbito social es de primer orden, es crucial la formación académica basada en las actitudes críticas y autoconcientes que facilitan al alumno tanto la nueva historia de la psicología como la sociología del conocimiento. Si hablamos de mitos de origen, entre otros constructos, cuya función es legitimar a la disciplina, es fácil discernir las cuestiones políticas involucradas en el ejercicio profesional del psicólogo argentino. Un enfoque crítico en historia y ciencia facilita, en este marco particular, la autodeterminación (autoconciencia) del profesional, puesto que le permite - a partir de su formación - dimensionar las posibilidades de esta ciencia a la hora de intervenir sobre la realidad. Pretender intervenir la realidad y alterarla de forma deliberada y con fines sociales se muestra en un primer momento como una intención poco vinculada a ámbitos teóricos tales como la historia y la sociología de la psicología. Sin embargo, los argumentos en este trabajo pretenden mostrar que la construcción de la teoría, como han sostenido van Strien (1993) y Danziger (1993), son aspectos principal y primordialmente empíricos, concretos, y por tanto políticos. La teoría no por ser teoría deja de ser praxis, y recorrer sin ingenuidades y de forma minuciosa el cúmulo de teorías que constituyen la historia de la psicología permite orientarse, en conjunción con otras actividades que este trabajo no contempla y que se consideran igualmente necesarias, hacia un psicólogo comprometido con el cambio social.

Si no son “los individuos aislados quienes realizan el pensar, sino los hombres, en grupos determinados, quienes desarrollan un estilo particular de pensamiento” (Mannheim, 1966a, p. 48), la consecución de un graduado a la altura de las particulares circunstancias argentinas sólo se logrará a partir del debate crítico y colectivo acerca de su formación. Aquí, efectivamente, la historia social de la psicología tiene mucho que decir.

Referencias

Ball, L. (2012). Genius without the “great man”: new possibilities for the historian of psychology. *History of Psychology*, 15(1), 72-83.



- Ben-David, J. & Collins, R. (1966). Social factors in the origin of a new science: the case of psychology. *American Sociological Review*, 31, 451-465.
- Blanco, A. (2009). Karl Mannheim en la formación de los sociólogos en América Latina. *Estudios Sociológicos*, 27, 393-431.
- Bloor, D. (1998). *Conocimiento e imaginario social* (E. Lizcano & R. Blanco, Trad.s). Barcelona: Gedisa. (Original publicado em 1976).
- Boring, E. G. (1950). *A history of experimental psychology*. New York: Appleton-Century-Crofts.
- Brett, G. S. (1963). *Historia de la psicología* (D. A. Sampietro, Trad.). Buenos Aires: Paidós. (Original publicado em 1921).
- Buss, A. (1976). Karl Mannheim's legacy to humanistic psychology. *Journal of Humanistic Psychology*, 16, 79-81.
- Buss, A. (1979a). Humanistic psychology as liberal ideology: the socio-historical roots of Maslow's theory of self-actualization. *Journal of Humanistic Psychology*, 19(3), 19-43.
- Buss, A. (Ed.). (1979b). *Psychology in social context*. New York: Irvington.
- Buss, A. (1979c). The emerging field of the sociology of psychological knowledge. En A. Buss (Ed.). *Psychology in social context* (pp. 1-24). New York: Irvington.
- Carpintero, H. & Peiró, J. M. (Ed.s) (1981). *Psicología contemporánea: teoría y métodos cuantitativos para el estudio de su literatura científica*. Valencia, Espanha: Alfaplus.
- Coleman, S. R., & Salamon, R. (1988). Kuhn's structure of scientific revolutions in the psychological journal literature, 1969-1983: a descriptive study. *The Journal of Mind and Behavior*, 9(4), 415-446.
- Danziger, K. (1979). The social origins of modern psychology. En A. Buss (Ed.). *Psychology in social context* (pp. 27-45). New York: Irvington.
- Danziger, K. (1990). The social construction of psychological knowledge. En K. Danzinger. *Constructing the subject: historical origins of psychological research* (pp. 179-200). New York: Cambridge University Press.
- Danziger, K. (1993). Psychological objects, practice and history. En H. V. Rappard, P. J. Van Strien, L. P. Mos & W. J. Baker (Ed.s) *Annals of theoretical psychology* (Vol. 8, pp. 15-47). New York: Plenum Press.
- Fals Borda, O. (1968). *Subversión y cambio social*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Fernández, A. P. (2009). Orlando Fals Borda: la travesía romántica de la sociología en Colombia. *Crítica y Emancipación*, 2(1), 211-247.



- Freire, P. (1972). *Pedagogía del oprimido* (J. Mellado, Trad.). Buenos Aires: Siglo XXI. (Original publicado en 1970).
- Furumoto, L. (1989). The new history of psychology. En I. Cohen (Ed.). *The G. Stanley Hall lecture series* (Vol. 9, pp. 5-34). Washington: American Psychological Association.
- Furumoto, L. (2003). Beyond Great men and their great ideas: history of psychology in sociocultural context. En P. Bronstein, & K. Quina (Ed.s). *Teaching gender and multicultural awareness: resources for the psychology classroom* (pp. 113-124). Washington: American Psychological Association.
- Gergen, K. (1979). The positivist image in social psychological theory. En A. Buss (Ed.). *Psychology in social context* (pp. 193-212). New York: Irvington.
- Gergen, K. (1985). The social constructionist movement in modern psychology. *American Psychologist*, 40(3), 266-275.
- Homans, P. (1989). *The ability to mourn: disillusionment and the social origins of psychoanalysis*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Kaiser, D. (1998). A Mannheim for all seasons: Bloor, Merton and the roots of the sociology of scientific knowledge. *Science in Context*, 11(1), 51-87.
- Kecskemeti, P. (1963). Introducción. En K. Mannheim & P. Kecskemeti (Ed.s). *Ensayos sobre sociología y psicología social* (pp. 7-18). (F. M. Torner, Trad.). México: Fondo de Cultura Económica. (Original publicado em 1953).
- Lamo de Espinosa, E. (1987). El estatuto teórico de la sociología del conocimiento. *Revista Española de investigaciones Sociológicas*, 63(3), 7-44.
- Mannheim, K. (1952). The problem of generations. En K. Mannheim & P. Kecskemeti (Ed.s). *Essays on the sociology of knowledge* (pp. 276-323). London: Routledge & Kegan Paul.
- Mannheim, K. (1963a). El lugar de la sociología. En K. Mannheim & P. Kecskemeti (Ed.s). *Ensayos sobre sociología y psicología social* (pp. 215-229). (F. M. Torner, Trad.). México: Fondo de Cultura Económica. (Original publicado em 1953).
- Mannheim, K. (1963b). Sobre los cambios de nuestra economía psíquica condicionados por la guerra. En K. Mannheim & P. Kecskemeti (Ed.s). *Ensayos sobre sociología y psicología social* (pp. 265-274). (F. M. Torner, Trad.). México: Fondo de Cultura Económica. (Original publicado em 1953).
- Mannheim, K. (1963c). Influjo de los procesos sociales sobre la formación de la personalidad a la luz de la sociología contemporánea. En K. Mannheim & P. Kecskemeti (Ed.s). *Ensayos sobre sociología y psicología social* (pp. 303-319). (F. M. Torner, Trad.). México: Fondo de Cultura Económica. (Original publicado em 1953).



- Mannheim, K. (1963d). El pensamiento conservador. En K. Mannheim & P. Kecskemeti (Ed.s). *Ensayos sobre sociología y psicología social* (pp. 84-183). (F. M. Torner, Trad.). México: Fondo de Cultura Económica. (Original publicado em 1953).
- Mannheim, K. (1964). Los determinantes políticos y sociales del conocimiento. En I. L. Horowitz (Ed.). *Historia y elementos de la sociología del conocimiento, tomo I* (pp. 116-143). (N. Bugallo, Trad.). Buenos Aires: Eudeba. (Original publicado em 1936).
- Mannheim, K. (1966a). *Ideología y utopía* (2a ed.). (E. Terron, Trad.). Madrid: Aguilar. (Original publicado em 1936).
- Mannheim, K. (1966b). *Diagnostico de nuestro tiempo* (J. M. Echavarría, Trad.). México: Fondo de Cultura Económica. (Original publicado em 1943).
- Paiva, V. P. (1981). *Paulo Freire y el nacionalismo desarrollista* (M. A. Gazcón, Trad.). México: Extemporáneos. (Original publicado em 1980).
- Piñeda, M. A. (2007). La creación de las carreras de psicología en universidades católicas argentinas. *Memorandum*, 12, 06-29. Recuperado el 3 de mayo, 2014, desde <http://www.fafich.ufmg.br/memorandum/a12/pineda03.pdf>
- Remmling, G. (1982). *La sociología de Karl Mannheim* (R. Lassaletta, Trad.). México: Fondo de Cultura Económica. (Original publicado em 1975).
- Romao, J. E. (2001). Contextualización. En P. Freire. *Educación y actualidad brasileña* (pp. i-xliii). (S. Mastrangelo, Trad.; J. E. Romao, Ed.) México: Siglo XXI. (Original publicado en 2001).
- Rosa, A., Huertas, J. A. & Blanco, F. (1998). Haciendo historia para el futuro de la psicología. *Anuario de Psicología*, 29(1), 73-87.
- Ross, D. (1967). On the origins of psychology. *American Sociological Review*, 32(3), 466-469.
- Scheerer, E. (1985). Organische weltanschauung und ganzheitspsychologie. En C. F. Graumann. *Psychologie im nationalsozialismus* (pp. 15-53). Berlin: Springer-Verlag.
- Smith, R. (1988). Does the history of psychology have a subject? *History of the Human Sciences*, 1(2), 147-177.
- Torres, C. A. (2002). La voz del biografo latino americano: una biografía intelectual. *Revista Colombiana de Educación*, 43(2), 155-187.
- van Strien, P. J. (1993). The historical practice of theory construction. En H. V. Rappard, P. J. Van Strien, L. P. Mos & W. J. Baker (Ed.s) *Annals of theoretical psychology* (Vol. 8, pp. 149-227). New York: Plenum Press.



- Vilanova, A. (1993). Dos modelos de la mente. En A. Vilanova. *Contribuciones a la psicología clínica*. Buenos Aires: Adip.
- Vilanova, A. (1997). Las deudas de la psicología del cono sur. *Acta psiquiátrica y psicológica de América Latina*, 43(2), 103-111.
- Vilanova, A. (2000). Diez problemas en la historia de la psicología como curso de grado. En C. J. Ríos, R. Ruiz, J. C. Stagnaro & P. Weissmann (Ed.s). *Psiquiatría, psicología y psicoanálisis: historia y memoria* (pp. 143-154). Buenos Aires: Polemos.
- Vilanova, A. (2001). La formación académica del psicólogo. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 47, 73-78.
- Vilanova, A. (2003a). Unidad y heterogeneidad en psicología. En A. Vilanova (Ed.). *Discusión por la psicología* (pp. 146-151). Mar del Plata, Argentina: Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Vilanova, A. (2003b). Los cuatro vectores de la psicología contemporánea. En A. Vilanova (Ed.). *Discusión por la psicología* (pp. 170-174). Mar del Plata, Argentina: Universidad Nacional de Mar del PLata.
- Vilanova, A. (2003c). La compulsión afiliatoria. En A. Vilanova (Ed.). *Discusión por la psicología* (pp. 142-143). Mar del Plata, Argentina: Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Vilanova, A. (2003d). Recusación de lo inefable. En A. Vilanova (Ed.). *Discusión por la psicología* (pp. 48-51). Mar del Plata, Argentina: Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Weimer, W. (1974). The history of psychology and its retrieval from historiography: the problematic nature of history. *Science Studies*, 4(3), 235-258.
- Wirth, L. (1966). Prólogo. En K. Mannheim. *Ideología y utopía* (2a ed., pp. 19-42). (E. Terron, Trad.). Madrid: Aguilar. (Original publicado em 1936).
- Woodward, W. (1990). Hacia una historiografía crítica de la psicología. En H. Carpintero, F. Tortosa & M. Mayor (Ed.s). *La psicología contemporánea desde la historiografía* (pp. 73-87). Barcelona: PPU.
- Young, R. (1966). Scholarship and the history of the behavioural sciences. *History of Science*, 5, 1-51.
- Zeitlin, I. M. (1973). *Ideología y teoría sociológica* (N. A. Miguez, Trad.). Buenos Aires: Amorrortu. (Original publicado em 1968).



Nota sobre el autor

Catriel Fierro es alumno avanzado de la Facultad de Psicología de la Universidad de Mar del Plata, Argentina. Se desempeña como adscripto a docencia e investigación en la cátedra “Historia Social de la Psicología”, y en otras asignaturas. Es becario de investigación por el Consejo Interuniversitario Nacional y desarrolla actualmente una investigación sobre alumnos avanzados marplatenses en vínculo con el perfil del psicólogo graduado latinoamericano en el marco del Mercosur. E-mail: catriel.fierro@gmail.com

Data de recebimento: 27/09/2013

Data de aceite: 02/05/2014